

"SUDAMERICA, BIOGRAFIA DE UN CONTINENTE"

por Ernst Samhaber ("Sudamericana", B. A.)

Se nos permitirá, por esta vez, hablar más de la forma que del fondo. La "Biografía de un Continente", por Ernst Samhaber, ofrece puntos fundamentales de meditación y va a despertar profundo interés y acaso alguna polémica entre los hombres de estudio sudamericanos. Queremos, por lo mismo, señalarlos después y reducirnos, ahora, a la vestidura o revestidura con que se presenta al público.

Decir que Ramón de la Serna ha hecho la traducción del alemán a nuestro idioma no es decirlo todo en elogio del libro que acaba de editar la Sudamericana de Buenos Aires: cabe distinguir entre varias versiones y notar las que indican en el traductor un más alto grado de maestría, soltura y riqueza.

Esta, a nuestro juicio, señala un ápice.

El estilo del autor alemán, no distinguido por la elegancia ni una gran claridad, se vuelve aquí ligero y rápido, toma brío estimulante, sin perder consistencia, y constituye por su opulencia una constante lección para nuestro lenguaje empobrecido. Pierdan, sin embargo, el temor quienes se quejaban, en otros libros traducidos por Ramón de la Serna, de tener que acudir con frecuencia al diccionario: aquí la prosa castellana, del cuño más auténtico y el sabor más castizo, apenas si ofrece dificultades al lector común de nuestras tierras y a menudo se da el lujo de grandes familiaridades, sin descender nunca ni desentonar un punto su exquisita compostura. Diríase un alarde, un ejercicio o una ejemplar enseñanza para que aprendamos a retemplar la lengua hereditaria viendo cuántos recursos despliega en manos diestras.

Los colegios deberían usar fragmentos de esta obra como texto.

Bastante han servido las pobres traducciones que ordinariamente se emplean para traer el idioma corriente, hablado o escrito, a su actual decadencia, a su anemia y asfixia. Ellas forman el alimento de la multitud lectora y así sus barbarismos como sus solecismos, tanto sus voces extranjeras maltratadas y, sobre todo, su exigüidad de vocabulario como su estrechez de construcciones, no sólo han pervertido el gusto público y envenenado las fuentes del pensamiento sino que, en su hora, arruinaron el negocio de las editoriales chilenas. A lo largo de toda la costa del Pacífico y más allá, cuando por esas librerías viajaban nuestros volúmenes, traducción hecha en Chile se convirtió en sinónimo de incorrección, descuido, miseria y falta de elegancia.

Primera consecuencia: sólo dos o tres casas editoras, serias y acreditadas, lograron sobrevivir, aunque penosamente, a la catástrofe. Segunda consecuencia: las empresas extranjeras radicadas en Argentina —que quisieron venir a Chile y se espantaron ante los impuestos y las dificultades del trabajo— hábiles para elegir, justas para pagar, competentes y respetuosas de la dignidad literaria, han concluido por ganarse el prestigio merecido y conseguir una preeminencia indiscutida en el continente.

Ramón de la Serna vive en Chile, pero sus obras se editan en Buenos Aires. De cierta pequeña casita, asentada sobre la arena de una playa y vibrante como un instrumento musical, salen y traspasan la cordillera gruesos volúmenes que, en seguida, vuelven de la metrópoli argentina para esparcirse por cuantos países leen la lengua de Castilla.

Estos doctos volúmenes que informan la cultura moderna, que moldean el pensamiento futuro y cuya influencia sobre las generaciones venideras resulta difícil calcular, deberían llevar el sello nuestro y difundirse desde Santiago. A nuestra desidia, a nuestra limitación mezquina e indolente, debe culparse si, teniéndolo en casa, no podemos exhibir con orgullo legítimo, como nuestro huésped de honor, más aun, como compatriota nuestro, pues Ramón de la Serna vió la luz en Valparaíso, durante un viaje de su ilustre madre, Concha Espina, al que voces autorizadas reconocen

como el primer traductor del mundo.

Es otro rasgo que añadir a la "Biografía de un Continente..."

"LUZ DE INTIMIDAD"

poesías, por don Carlos Silva Cruz ("Tegualda")

Con un prólogo cariñoso y conmovido de Augusto Iglesias, miembro de la Academia Chilena, se han dado a luz, a una "luz de intimidad", las poesías que escribió y las que tradujo un hombre en quien no se habría sospechado tanta y, sobre todo, tan sincera y desinteresada dedicación al arte por el arte.

Porque este libro respira particularmente eso: amor a la expresión bella, cuidado de la forma, sentido del ritmo y complacencia profunda en las melodías, las imágenes y la virtud de hacer soñar que poseen los versos.

Evidentemente, allí se refugiaba.

Abogado prestigioso, crítico de arte en continua actividad, profesor de literatura que enseñó durante años la asignatura de Idioma Patrio, alto funcionario público, Director de la Biblioteca Nacional, político, Ministro de la Guerra en tiempos tempestuosos, orador público y hombre de múltiples actividades, tuvo tiempo, sin embargo, de escribir —¿a qué horas?— sin que nadie lo supiera, poesías impregnadas en un sentimiento auténtico y hechas con rigor de orfebre, sin concesiones de aficionado o de libertario espectacular.

Sabía, en verdad, su oficio éste a quien no se les habría ocurrido a los poetas considerar del suyo. Lo sabía mejor que muchos profesionales. Para explorar los secretos de la técnica, y sin vano deseo de ostentarse, había penetrado los originales de las letras latina, inglesa, alemana, francesa, italiana y otras y, junto con las composiciones propias, a menudo muy sobrias y sentidas, dejó entre sus borradores páginas inéditas vertidas de autores ilustres que ni los más íntimos de su familia conocieron mientras vivió.

Lo ha revelado la muerte.

Muchas de las poesías de don Carlos Silva Cruz se refieren a ella, a la última, como ésta de Enrique Heine:

"La muerte llega... Ya decirte lo que el orgullo me ordenó (puedo callar: ¡Que por ti, que por ti, quedo, (muy quedo latía el corazón que va a estallar! La fosa abierta está. En la tumba encontraré el descanso... ¡Sólo, Pero tú, pero tú, dulce María, vendrás a verme y llorarás por mí..."

El amor al romántico alemán y al español ultra-romántico, Gustavo Adolfo Bécquer, se unieron en el espíritu del señor Silva Cruz. Pertenecía a su época, cultivaba su estilo, hallábase impregnado en su atmósfera. Por haberse sumergido libremente en ella, sin otra aspiración que hallarse y expresarse con total y espontánea dulzura, le volvemos a ver dotado de singular frescor. Y está cierto de no seguir ligeramente, como dice que lo teme, hacia el olvido.

"OCCIDENTE"

Ha aparecido el N.º 19, año III, de esta revista mensual "al servicio de un mejor conocimiento de los pueblos y problemas de América", correspondiente al mes en curso, con un interesante sumario de política, cuestiones económico-sociales, educación, filosofía y ciencias, literatura y artes y colaboraciones firmadas por Armando González Rodríguez, Dr. G. Morales Bertrami, Gabriel Gutiérrez Ojeda, Guillermo Gandarillas, Vicente Mengod, Manuel Vidal Muñoz y Augusto d'Halmar, quien relata en bellas páginas una visita a Granada. Se reproducen artículos de Volodia Teitelboim sobre "Cristian y yo" y de Ricardo A. Latcham sobre Jaime Eyzaguirre, de Lucía Richard sobre Maté Alamand y el cuento de antología "El Chiflón del Diablo", por Baldomero Lillo.

En homenaje al contenido, el continente —o sea la presentación gráfica— debería mejorar, a lo menos, un cincuenta por ciento.

"DE LO ESPIRITUAL EN LA VIDA HUMANA"

por don Enrique Molina

2.ª edición ("Nacimiento")

Podría decirse que don Enrique Molina es el fundador de los estudios filosóficos en Chile. No hay seguramente en la actualidad maestro más antiguo, más laborioso, con labor tan constante y que haya alcanzado parecida audiencia en el público culto de nuestro país. Basta ver la lista y las fechas de sus obras. Y advertir que muchas de ellas, como esta, aunque inspiradas en una tendencia altamente espiritual o sea contraria a la corriente del siglo, la cual sigue las aguas "existencialistas", logran éxito, se difunden y requieren segunda edición. Lo cual, por cierto, no honra únicamente al autor.

"INSTITUTO ARGENTINO DE CIENCIAS GENEALOGICAS"

No sólo en carne, trigo y aceite nos aventajan los vecinos de la República trasandina; por la muestra de esta lujosa publicación, tan nutrida, tan docta y opulenta de "ilustraciones", en todo sentido, también nos llevan ventaja dentro de un terreno donde Chile tenía autoridad continental: el de la investigación que cultiva arboles nobiliarios y cosecha escudos históricos.

Cinco años lleva ya el Instituto respectivo y su copiosa labor está en la revista cuyo cuarto número nos ha remitido, amablemente, el Director, don Alfredo Díaz de Molina.

Vemos aquí, junto a muchas cosas dignas de notarse, los miembros correspondientes de la institución genealogista, entre ellos, cuatro americanos titulados: el Marqués de San Francisco, Manuel Romero de Tereos, mejicano; el Conde de San Juan de Jaruco, don Eco. Xavier de Santa Cruz y Mallén, cubano; don José de la Riva Agüero y Osma, Marques de Montealegre de Aulestia, peruano, y el Conde de Casa Tagle de Traslerra, don Fernando Márquez de la Plata y Ecnenique, chileno.

Sentimos decir que vemos también un error. El artículo "La Ascendencia vasca y castellana de don Agustín Edwards Mac-Clure" aparece firmado por una persona que, según nos lo ha dicho terminantemente, no recuerda haberlo escrito jamás. En cambio, dice que debe de pertenecer a un libro que editó, tiempo atrás, don Miguel Munizaga Iribarren. Esta cuestión de genealogía literaria en una obra como la que reseñamos, presenta su importancia.